

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30
Suscripción:

Desaciertos del Estado

Que el Estado es el organismo más antisocial que han creado los hombres del pasado, que sostienen los hombres del presente, que defienden algunos hombres que dicen ir hacia el porvenir, es cuestión ya suficientemente probada. Todos los individuos que piensan, que meditan, que razonan, que son lógicos en sus apreciaciones y en sus juicios, saben de la inutilidad, de la antisociabilidad de ese organismo; saben que es un obstáculo a todo progreso; saben, en fin, que el Estado en su ya larga existencia no ha realizado seriamente nada más que desaciertos.

Semanalmente podríamos dedicar nuestro editorial a la crítica de estos desaciertos. Porque cada semana, invariablemente, aparecen ellos sobre la superficie de la vida social; unos graves y otros insignificantes, éstos que producen asombro y aquellos cuya importancia hasta a sus mismos defensores deja indecisos. Cada disposición que el Estado dicta, juzgada serenamente, desapasionadamente, es en último análisis un desacierto.

Ved ahora lo ocurrido con los carteros y con los maestros de escuela. De todos los servicios que el Estado español tiene a su cargo acaso sean, el reparto de correspondencia y la instrucción de la infancia, los dos más principales.

El hecho de que un determinado factor de la vida de un país dependa del Estado, es ya prueba suficiente para asegurar que todo lo que tenga relación con él se desarrollará pésimamente, caóticamente. Así ocurre en España con todos los servicios de que el Estado se encarga. En las más apartadas aldeas, cuando algo está muy mal hecho, dicen sarcónicamente los campesinos.—No es extraño que esto esté mal. Es el Estado quien lo hace.—Figúraos cuanta desorganización es precisa para que al cerebro de las gentes sencillas lleguen estos rayos de luz.

Queremos decir con todo esto, que el servicio de correos y la instrucción vegetan de una manera absurda, sin duda ni mejor ni peor que los demás servicios que se sostienen con la intervención directa del Estado.

Hemos dicho ya que acaso estos mencionados factores sean los más principales que tiene a su cargo el Estado español. Aunque no hemos leído la árida literatura de los presupuestos, se nos dice vagamente, que todos los empleados del Estado tienen en ellos algún alza en sus sueldos, quedando exentos de ella los carteros y los maestros de escuela. ¿Advertís ya el tremendo desacierto? Para todos los demás empleados, de una utilidad dudosa, o en todo caso secundaria, se acuerda una grande o pequeña elevación en el jornal. Para los maestros de escuela y los carteros, cuya utilidad es bien manifiesta y de índole primordial, no hay en los presupuestos ninguna cláusula que mejore su situación económica, que eleve sus miseriosos, sus pequeños jornales. El Estado es así. Cuando se decide a acordar un alza en los emolumentos de quienes le sirven, lo hace en gracia a los menos útiles, olvidando a los que más han menester de ella.

El mismo Estado, con sus innumerables desaciertos, nos ha dado hecha a los anarquistas la crítica que de él continuamente hemos de hacer. Cuando en estas pequeñas secundarias deja tan fácilmente al descubierto su inutilidad, su profunda sintesis antisocial, figuraos qué será en las grandes cuestiones, en aquellas que él juega el principal papel, en los problemas en los que toda su labor es negativa, insolidaria, agotadora; en las grandes causas, frente a las cuales él representa las fuerzas de opresión y de tiranía y de despotismo; en las que siempre es antiliberal, antiprogresivo siendo también conjuntamente antinatural y antihumano. El Estado es, en fin, en su origen, en su desarrollo, en su existencia, ante todos los aspectos de la vida, frente a todas las causas, ante todos los grandes problemas, después de un organismo profundamente antisocial, el más grande, el más inmenso de todos

los desaciertos que los hombres han originado.

Como consecuencia de haber quedado exentos en los presupuestos, los carteros fueron a la huelga. Aún queda latente el conflicto, y el hecho de paralizarse un solo día el servicio de correos es ya un descrédito para el organismo estatal. Si la huelga se plantea otra vez como es probable, pronto aparecerán algunas *ilustres personalidades* y algunos no menos *ilustres escritores* que se ofrecerán desinteresadamente para ejercer de repartidores de la correspondencia, que se prestarán para hacer de esquirols de cartero, igual que en agosto de 1917 se ofrecieron para policías honorarios. Alguno de estos *ilustres escritores* defecará sus excrementos intelectuales en esta o en aquella revista, en aquel o este periódico, clamando contra el mal espíritu del tiempo, afirmando que los empleados del Estado no tienen derecho para ir a la huelga. ¿Podrían decirnos estos *escritores ilustres* si hay algún derecho natural por el que sea lógica la existencia del Estado?

En cuanto a los maestros... no han ido a la huelga. Un ministro, que no sabemos por qué extrañas combinaciones ha resultado un defensor de los profesores, ha planteado la crisis, que aunque no haya todavía roto el equilibrio del *Gobierno nacional*, amenaza romperlo muy en breve, toda vez que los demás gobernantes se niegan a que se aumenten los sueldos.

He aquí otro aspecto de la reacción que se va imponiendo. En tanto que a los maestros se les olvida, el *liberalísimo* Romanones declaró hace pocos días que es de una necesidad perentoria elevar los emolumentos del clero. Todo ello va aumentando las causas de descontento entre los olvidados maestros de escuela. Acaso algún día se decidan a ir a la huelga y entonces el Estado estará satisfecho. ¿Puede haber algo más beneficioso para el Estado que una huelga de profesores? ¿Que nadie aprenda nada! Ese es el ideal del Estado.

Los preteridos maestros deben continuar enseñando a los niños en las escuelas, el respeto al Estado, la obediencia al Estado, la creencia de que el Estado es un protector de las naciones, el que las guía y el que bien las encamina. Ya ven que el Estado, agradecido a sus servicios, cuando llega la hora propicia, sabe recompensarlos.

Hablarán también los demócratas. Dirán que hay que elevar al Estado el espíritu de las reformas. Que con las reformas se irá solucionando todo. Y nos cansarán, y nos atormentarán con la cantinela de las reformas.

Ningún hombre sinceramente liberal—para nosotros la palabra liberal significa ser partidario de la libertad en toda su grandeza—puede ser un ardiente defensor de las reformas en lo que atañe al Estado. El hombre que aspira a ser libre, completamente libre, sabe que el Estado siempre será un obstáculo a su libertad. ¿Y cómo va a defender las reformas de un organismo que siempre ha de coartar su libertad? Si está convencido de la inutilidad del Estado, no puede desear que se reforme. Es como si a un monstruo que se encontrara moribundo, en lugar de dejarlo morir, porque su vida era inútil, y era dañina, y era un peligro para la vida de los hombres, se le fuera cuidando y alargando la existencia a fuerza de cuidados. ¿Qué se adelanta con ello? ¿La vida del monstruo vale la pena de ser cuidada?

Así, el Estado. ¿Vale la pena de luchar por las reformas de un organismo cuya existencia será siempre un continuo desacierto?

HACIA LA PAZ

La prensa en general publica la noticia de que los imperios centrales, han pedido un armisticio para discutir, entre tanto, las condiciones de paz.

La premura del tiempo nos impide ocuparnos de tan importante asunto con el detenimiento que merece.

Enemigos de la guerra, como lo hemos manifestado desde el primer día de la hecatombe, deseamos ardientemente que la paz sea pronto un hecho y mucho más si en ello ha influido la actitud del pueblo ruso y la de parte del ejército búlgaro.

Por encima de cuanto digan los periódicos germanófilos o aliadófilos, nosotros estamos seguros de que la única paz duradera será la que se haga por la imposición de los pueblos.

En el próximo número y ya con más datos, nos ocuparemos del problema de la paz.

FRAGMENTO

Cuanto más pujante y fervorosa la vida, tanto más intenso el anhelo de renovarla y ensancharla. Sólo con la regresión y el empobrecimiento vital empiezan la desconfianza de lo nuevo y el temor a romper la autoridad de la costumbre. Quien en su existencia no se siente estimulado a avanzar, quien no avanza, retrocede. No hay estación posible en la corriente cuyo curso debemos remontar, dominando las rápidas ondas: o el impulso propio nos saca adelante, o la corriente nos lleva hacia atrás. El batallero de Virgilio es cada uno de nosotros; las aguas sobre que boga son las fuerzas que gobiernan el mundo.

Pero esta renovación continua precisa armonizarse, como todo movimiento que haya de tener finalidad y eficacia, con el principio soberano del orden; nuestro deseo de cambio y novedad ha de someterse, como todo deseo que no concluya en fuego fatuo, a la razón, que lo define y orienta, y a la energía voluntaria, que lo guie a su adecuada realización. No siempre una inaplazable urgencia, como signo revelador de un carácter, es manifestación de exuberancia y de fuerza. La disconformidad respecto de las condiciones de lo actual, la aspiración a cosa nueva o mejor, cuando no estén determinados racionalmente y no se traduzcan en acción resuelta y constante, serán fiebre que devora y no calor que infunde vida: el desasosiego estéril es, tanto como la quietud soporosa, una dolencia de la voluntad.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Morbo esclavista

En las postrimerías del siglo XIX apareció el morbo que amenaza acabar con todo germen de independencia. La característica de las revoluciones de fines del siglo XVIII fué la abolición de las gerarquías y de los poderes a ellas adheridos. El clero y la nobleza dejaron de ser clases dominadoras. Quedóles sólo el poder emanado de la influencia moral que poseían sobre las multitudes ignoraras. El saber no les estaba más sometido. Era libre, completa, absolutamente libre. Y reclamó, sin exclusivismos de ninguna especie, libertad de pensamiento y de acción para todos, dando vida a un nuevo organismo que quería ser la expresión de la imparcialidad: el Estado.

El Estado, asentado en la ciudadanía, esfumadora de las prerrogativas divinas y aristocráticas, no debía ser parte en cuestiones de interés o de opinión. Representando igualmente a todos, pobres y ricos, sabios e ignorantes, sólo debía inmiscuirse en las cuestiones de interés o de opinión cuando éstas degeneraran en querrelas, oficiando de pacificador. El industrial, el comerciante, el obrero, el profesional, el vagabundo, contaban cada cual consigo mismo; no quería ninguno que el Estado se entrometiera en sus asuntos. Bastante hacían con pagarle los impuestos. Se consideraba tanto más libre un país, cuanto menores eran las atribuciones concedidas al Estado. Este, más que un cuerpo ejecutivo, era un emblema representativo. En Norte América, por ejemplo, más que como un regulador de los asuntos internos, manteníase como un medio de facilitación de las relaciones exteriores. La Constitución era simplemente una declaración de la inalienabilidad de los derechos del hombre. Y donde no se había llegado a tanto, se tendía a ello.

Los sociólogos y los político-economistas, eran contrarios a la intervención estadista en los quehaceres particulares, y como tal eran considerados los negocios a que cada cual se dedicaba. No se querían protectorados y rehuíanse las mediaciones ajenas. Individual y colectivamente se esperaba el avance de la propia fuerza, no del tutelaje, y surgieron doquiera asociaciones privadas para el estudio, para la producción y el cambio, para el recreo, dispuestas siempre a la propia defensa si se sentían atacadas. Y a su espíritu de in-

dependencia y de lucha, individual y colectivo, se deben los avances de la ciencia, del arte, de la moral, resultando menos brutales que nunca las luchas, y jamás más consistentes las pruebas de solidaridad entre los humanos. Las crueldades de los papas y los reyes no eran ya más posibles... Además, todo se internacionalizaba: los gustos, el saber, las aspiraciones...

Mas, unos supuestos defensores de los débiles, iban infeccionando el ambiente con falaces promesas de un mejoramiento continuado y rápido si se convertía el Estado en un centro sensorial de la Sociedad, tal cual el cerebro lo es del Hombre. Debía ser una mente directiva, no un árbitro en caso de discordia. La fuente del Bien y del Mal, como lo había sido la Providencia. Y, poco a poco, se le pidió y obtuvo que fuera regulando las acciones humanas. Y pretextando ser el garantizador de las libertades y de los derechos humanos, ha ido concentrando en sí las prerrogativas de la Iglesia, las de la Realeza, y está en camino de abrogar las del Capitalismo. Comenzó por registrar a los neonatos, legislar los casamientos y extender óbitos, como hacía la Iglesia, y determinar e imponer, cual los reyes, cómo y de qué manera deben regirse los súbditos y a señalar, lo mismo que el capitalismo, las reglas a que debe sujetarse la producción, el cambio y el consumo en la vida, no sólo social, si que también individual.

Quiérase o no, estamos en camino de ver al Estado convertido en el factotum de la Humanidad. Y lo que es peor, a petición de los trabajadores, que serán, a fin de cuentas, los verdaderos esclavos del futuro si no reaccionan a tiempo. Los que piden la protección del Estado claman por el dogal que ha de amarrarlos a la cadena del Estado mismo, tanto del punto de vista político como del económico. Facultar es dar poderes y el poder ajeno es la negación de la propia libertad. Al aceptar que el Estado debe ser el determinador de los derechos, no cada uno de nosotros, le damos a él la facultad de declararnos libres o esclavos a su antojo. Políticamente ya hemos visto los resultados en todo el mundo. Los mismos derechos y libertades declarados inalienables por el Estado, por el Estado son suspendidos, violados, siempre que lo cree necesario. Si el Estado puede impedirnos el ir a misa, puede igualmente obligarnos a ello; si puede determinar que no podemos trabajar más que seis o cuatro horas diarias, podrá también imponernos que trabajemos catorce o dieciseis, y así por lo que respecta al salario, o al trato que deben darnos en el taller.

Los que comenzaron pidiendo al Estado leyes protectoras para los trabajadores; los que reclamaron leyes sobre accidentes del trabajo, o en bien del trabajo de niños y mujeres, o de seguridad e higienización de fábricas, talleres y minas, o la jornada y el salario mínimos, etc., etc., son los que desparramaron el morbo esclavista que va trocando en cuarteles los lugares de producción.

Y, no contentos todavía, piden, reclaman, haciendo creer que lo hacen en bien de los trabajadores, que el Estado se apodere de la riqueza de los ricos, sin ver, parece, que el día que esto suceda se habría convertido el Estado en el más terrible poder que imaginarse pueda, ya que en él quedaría concentrada toda la riqueza económica, toda la fuerza política y toda la influencia moral existente en las naciones.

Los amantes de la libertad, deben huir de una tal centralización.

PEDRO ESTEVE

NOTAS AL MARGEN

Un ministro y un doctor

No sabemos si cuando estas líneas vean la luz del sol, será noche cerrada en las regiones gubernamentales o estará el Alba anunciándonos a los maestros de escuela días de más luz que los presentes; porque a esos infelices a quienes el Estado exige luces mentales para el ejercicio de su profesión, se les niega la luz, como llamamos las gentes ordinarias al dinero, tan necesaria en estos tiempos de eclipse visible (demasiado visible), de subsistencias.

El Estado español, que ha concedido mejoras económicas a otros elementos que no se dedican precisamente a desasnar al prójimo, ha sido avaro con los maestros; y Alba, ministro de Instrucción pública, correspondiendo al apellido que ostenta, ha querido llevar a las tenebrosas escuelas esa luz por la que tanto suspiran los segundos padres de la española infancia; pero los demás ministros, que antes de llegar a tales fueron *padres* de la patria y ahora deben serlo de sus hijos legítimos o de contrabando, no han querido saber nada de esa protección a los padres mentales de los niños. La... paternidad bien entendida, empieza por amar a los propios hijos. ¿Y qué les importa a los ministros